



ORDEN DE CARMELITAS DESCALZOS
Provincia de Santa Teresita del Niño Jesús
Colombia

DE BIEN EN MEJOR

Marzo-Abril

AMIGOS FUERTES DEL MEDIO AMBIENTE:

REFLEXIÓN A PARTIR DE LA EXHORTACIÓN
APOSTÓLICA POSTSINODAL QUERIDA AMAZONÍA



***El Señor, que primero cuida de nosotros,
nos enseña a cuidar de nuestros hermanos y hermanas,
y del ambiente que cada día Él nos regala.***

(Querida Amazonía [QA], 41)

Son tiempos recios. Han sido días difíciles para todos. Muy seguramente muchos de nosotros no alcanzamos a magnificar la compleja situación que viviríamos en el mundo cuando a finales de diciembre e inicios de enero se conocía la noticia de una nueva enfermedad que iniciaba en China. Hoy es tan grande el impacto del llamado Coronavirus que nos hemos visto obligados a cambiar muchos de nuestros hábitos de vida, partiendo de la invitación a “quedarnos en casa” como la mejor medida. Ante esta situación coyuntural, fe, esperanza y autocuidado.



En algunas ciudades de nuestro país, esta contingencia sanitaria nos llegó en medio de otra emergencia, la ambiental. En Bogotá, Medellín, Bucaramanga, uno de los temas centrales eran las medidas por el pico y placa ambiental debido a la mala calidad del aire que había llegado a niveles nocivos para la salud humana. Tristemente, como parece una constante en los seres humanos, muchas veces solo cuando llegamos a un punto límite comenzamos a tomar conciencia de las cosas, en este caso, de la necesidad de cuidar el medio ambiente.

Pues bien, con el deseo que como carmelitas sigamos tomando conciencia sobre la importancia del cuidado de la creación, hemos querido compartir una reflexión a partir de la *Exhortación Apostólica Postsinodal QUERIDA AMAZONÍA* con el fin de presentar la necesidad de tomarnos en serio e implicarnos en este

asunto que nos compete a todos y que, además, también es nuestra responsabilidad.

Preámbulo

El 15 de octubre de 2017 el Papa Francisco anunció la convocatoria de un Sínodo Especial para la Amazonía, iniciando un proceso de escucha sinodal que comenzó en la misma Región Amazónica con su visita a Puerto Maldonado - Perú (19/01/2018). Este anuncio fue motivado por la crisis ambiental que vive actualmente el planeta, crisis que debido a la prolongada intervención humana en este territorio ha llegado a daños verdaderamente alarmantes.

Como resultado de ese Sínodo que se llevó a cabo del 6 al 27 de octubre de 2019 se publicó el texto *Amazonía: Nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*, y quedamos a la espera de las disposiciones finales y los posibles cambios que podrían presentarse a nivel eclesial, entre ellos, la posibilidad de la ordenación de los 'viri probati', el diaconado femenino, el liderazgo laical y la adaptación litúrgica.

Finalmente, el 2 de febrero de 2020 se publicó la *Exhortación Apostólica Postsinodal QUERIDA AMAZONÍA*. Para algunos fue una pena que después de tanta expectativa Francisco no se pronunciara al respecto y que nuevamente se cerrara a verdaderos cambios estructurales dentro de la Iglesia; otros aplauden el esfuerzo por visibilizar una realidad ante la cual no podemos hacernos los ciegos y seguir indiferentes.

Nuestro objetivo, más allá de esta discusión, es hacer una lectura desde nuestro ser de carmelitas con el fin de que todos nos sintamos llamados a ser "amigos fuertes del medio ambiente".

Radiografía del problema



El territorio de la Amazonía es una totalidad plurinacional interconectada, un gran bioma compartido por nueve países: Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Surinam, Venezuela y Guayana Francesa en una extensión de 7,8 millones de kilómetros cuadrados, en el corazón de América del Sur. Los bosques amazónicos cubren aproximadamente 5,3 millones de kilómetros cuadrados, lo que representa el 40% del área de bosque tropical global. Esto es apenas

el 3,6% del área de tierras emergidas de la tierra, que ocupan unos 149 millones de kilómetros cuadrados, es decir, cerca del 30% de la superficie de nuestro planeta.

El territorio amazónico contiene una de las biosferas geológicamente más ricas y complejas del planeta. La sobreabundancia natural de agua, calor y humedad hace que los ecosistemas de la Amazonía alberguen alrededor del 10 al 15% de la biodiversidad terrestre, almacenen entre 150 mil y 200 mil millones de toneladas de carbono cada año.

En la Amazonia existen muchos pueblos y nacionalidades, y más de 110 pueblos indígenas en aislamiento voluntario (PIAV) (QA29). Todavía encontramos en la Amazonia miles de comunidades indígenas, afrodescendientes, ribereños y habitantes de las ciudades que a su vez son muy diferentes entre sí y albergan una gran diversidad humana (QA32). Por ello, es de sumo interés para

todos cuidar los valores culturales de los grupos indígenas, pues su riqueza es también nuestra.

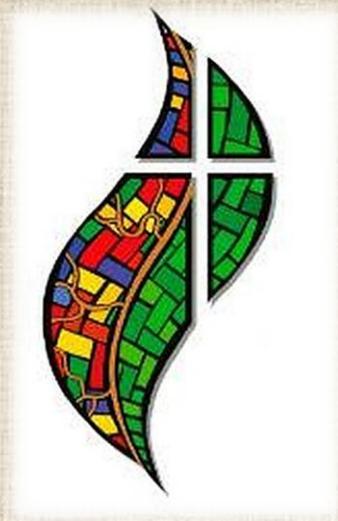
Además de esto, el documento postsinodal resalta que: “El equilibrio planetario depende también de la salud de la Amazonia. Junto con el bioma del Congo y del Borneo, deslumbra por la diversidad de sus bosques, de los cuales también dependen los ciclos de las lluvias, el equilibrio del clima y una gran variedad de seres vivos. Funciona como un gran filtro del dióxido de carbono, que ayuda a evitar el calentamiento de la tierra... Cuando se elimina la selva, esta no es reemplazada, porque queda un terreno con pocos nutrientes que se convierte en territorio desértico o pobre en vegetación... Sus peces, frutas y otros dones desbordantes enriquecen la alimentación humana. Además, en un ecosistema como el amazónico, la importancia de cada parte en el cuidado del todo se vuelve ineludible” (QA48).



Infortunadamente estamos viviendo un momento delicado, pues desde hace un año, a la fecha, la tasa de deforestación del Amazonas alcanza el nivel más alto en más de una década. Se habla que la selva amazónica ha perdido el equivalente a 8,4 millones de campos de fútbol debido a la deforestación (Fuente: CNN).

Uno de los factores que ha influido en esta crisis es que más de dos tercios de la Amazonía se encuentran en Brasil, y desde 2010, kilómetros y kilómetros de la selva amazónica en este país han

terminado destinados a uso comercial, incluida la ganadería, la tala y la producción de aceite de palma. Los problemas más recientes, entre ellos los incendios que consumieron miles de hectáreas de bosque el año pasado, dicen los ambientalistas, son gracias a las políticas del presidente Jair Bolsonaro y su gobierno. Bolsonaro ha tomado una postura a favor de los negocios desde que asumió la presidencia a principios de 2019, prometiendo recuperar la economía brasileña y explorar el potencial económico de la selva. Los expertos sostienen que los agricultores, los madereros y los mineros se han aprovechado de los controles menos estrictos sobre la deforestación en el país y se han apoderado de esas áreas para el desarrollo. El Gobierno también ha impedido los esfuerzos de las personas que trabajan para mantener la deforestación bajo control.



Este es solo un ejemplo de lo que está aconteciendo. El problema de fondo en el tema de la Amazonía, y en general de todo el planeta es, según Francisco, que los seres humanos estamos viendo el medio ambiente como recurso en lugar de verlo como “casa”.

Aportes desde la Exhortación del Papa

La gran propuesta de Francisco, que a su vez recoge el clamor de los ambientalistas y de quienes viven y trabajan por la Amazonía, es **reconocer que el planeta es nuestra casa, es la casa común.**

Para ello, el Papa plantea que debemos crecer en tomar consciencia de la necesidad de una “ecología integral”. La ecología integral se basa en el reconocimiento de la relacionalidad como

categoría humana fundamental. Ello significa que nos desarrollamos como seres humanos en base a nuestras relaciones, y esa relación es con Dios, con nosotros mismos, con los demás, con la sociedad en general y con la creación.

La relación con Dios es vital en toda la dinámica humana. Es una relación vivida, estudiada, fomentada y explicitada desde muchos siglos atrás (aunque para muchos hoy es la más olvidada). Desde hace ya varios años se viene hablando mucho de la relación consigo mismo y con los demás, proceso en el cual la filosofía y la psicología han insistido. Y solo hace unas décadas se viene hablando explícitamente de la importancia de la relación con el medio ambiente, sobre todo en términos de su cuidado, protección y conservación.

La toma de consciencia consiste, pues, en saberme en relación, tanto con Dios, como conmigo mismo, con los demás, y también de manera fundamental con la creación. La teología de la creación, por ejemplo, ha buscado que el ser humano reconozca la



importancia de esta relación. Partimos del hecho que todo cuanto existe es creación de Dios, y él crea todo por amor, y por ende, es buena. El mundo hace parte de nosotros, en palabras de Juan Luis Ruiz de la Peña, “el mundo es cuerpo ensanchado del hombre”, y como a nosotros, debemos cuidarlo.

Se trata entonces de cuidar mi interior, cuidar lo exterior, cuidar a los demás, y cuidar la naturaleza. Todo está estrechamente relacionado. Frente a esto, dice Francisco: “En una realidad cultural como la Amazonia, donde existe una relación tan estrecha

del ser humano con la naturaleza, la existencia cotidiana es siempre cósmica. Liberar a los demás de sus esclavitudes implica ciertamente cuidar su ambiente y defenderlo, pero todavía más ayudar al corazón del hombre a abrirse confiadamente a aquel Dios que, no sólo ha creado todo lo que existe, sino que también se nos ha dado a sí mismo en Jesucristo. El Señor, que primero cuida de nosotros, nos enseña a cuidar de nuestros hermanos y hermanas, y del ambiente que cada día Él nos regala. Esta es la primera ecología que necesitamos. En la Amazonia se comprenden mejor las palabras de Benedicto XVI cuando decía que «además de la ecología de la naturaleza hay una ecología que podemos llamar “humana”, y que a su vez requiere una “ecología social”. Esto comporta que la humanidad [...] debe tener siempre presente la interrelación ente la ecología natural, es decir el respeto por la naturaleza, y la ecología humana». Esa insistencia en que «todo está conectado» vale especialmente para un territorio como la Amazonia” (QA41).

Ahora bien, para que esta idea de ecología se dé, se requiere que en todas las etapas de formación y desarrollo se eduque para desarrollar nuevos hábitos en las personas y en los grupos humanos, pues “la dinámica de explotación actual lleva a una enorme disparidad de poder donde los débiles no tienen recursos para defenderse, mientras el ganador sigue llevándose todo, «los pueblos pobres permanecen siempre pobres, y los ricos se hacen cada vez más ricos»” (QA13). Así, si no hay un cambio de mentalidad, “no habrá una ecología sana y sustentable, capaz de transformar algo, si no cambian las personas, si no se las estimula a optar por otro estilo de vida, menos voraz, más sereno, más respetuoso, menos ansioso, más fraterno” (QA58).

No podemos seguir indiferentes ante esta realidad que destruye el medio ambiente. Dice Francisco: “Es necesario indignarse, como

se indignaba Moisés (cf. Ex 11,8), como se indignaba Jesús (cf. Mc 3,5), como Dios se indigna ante la injusticia (cf. Am 2,4-8; 5,7-12; Sal 106,40). No es sano que nos habituemos al mal, no nos hace bien permitir que nos anestesien la conciencia social mientras «una estela de dilapidación, e incluso de muerte, por toda nuestra región [...] pone en peligro la vida de millones de personas y en especial el hábitat de los campesinos e indígenas» (QA15). Y en otro numeral expresa: “En el momento actual la Iglesia no puede estar menos comprometida, y está llamada a escuchar los clamores de los pueblos amazónicos «para poder ejercer con transparencia su rol profético»” (QA19).



Este trabajo y esta lucha debe ser de todos. Por eso es necesario un sentido comunitario. “La lucha social implica una capacidad de fraternidad, un espíritu de comunión humana... La vida es un camino comunitario donde las tareas y las responsabilidades se dividen y se comparten en función del bien común. No hay lugar

para la idea de individuo desligado de la comunidad o de su territorio».” (QA20).

En este proceso la educación de la conciencia es vital, porque en nuestra mentalidad malgastar los recursos naturales, no reciclar, destruir, derrochar es algo normal, y no nos preocupa hacerlo. Por el contrario, cuando alguien invita a reciclar, a ahorrar luz y agua, a no utilizar tanto plástico, creemos que lo hacen con la idea de molestar o que está exagerando, y no dimensionamos que el cambio requiere de esas “pequeñas” acciones, que si todos nos unimos terminan siendo “grandes” aportes. Vivimos en la mentalidad de que nada de esto nos afecta, que las consecuencias se verán en muchos años y no nos tocará a nosotros, o esperamos que otros hagan algo mientras yo sigo igual, como si viviéramos en una distracción constante que no advierte la realidad de un mundo limitado y finito. Otros miramos la superficie y pensamos que quizá las cosas no son tan graves y que el planeta podría persistir por mucho tiempo en las condiciones actuales.

Este comportamiento evasivo nos sirve para seguir con nuestros estilos de vida, de producción y de consumo. Es el modo como el ser humano se las arregla para alimentar todos los vicios autodestructivos: intentando no verlos, luchando para no reconocerlos, postergando las decisiones importantes, actuando como si nada ocurriera.

Por tanto, es necesario, en términos de Francisco, una **conversión ecológica**, conversión que parta de reconocernos como creaturas, de reconocer verdaderamente que el planeta es nuestra casa, y de un encuentro personal con Jesús que nos lleve a amar al otro, ese otro ser humano, pero también ese otro “criatura”. Una conversión interior que podrá permitirnos llorar por la Amazonia y gritar con ella ante el Señor. “Les hace falta entonces (a los seres humanos) una conversión ecológica, que implica dejar brotar todas las

consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea” (LS 217).

Esta conversión ha de tener los mismos niveles de concreción: personal, social y estructural teniendo presente las diversas dimensiones de relacionalidad. Se trata de una “conversión íntegra de la persona” que brota del corazón y se abre a una “conversión comunitaria” reconociendo sus vínculos sociales y ambientales, es decir, una “conversión ecológica” (cf. LS 216-221). Esta conversión implica reconocer la complicidad personal y social en las estructuras de pecado, desenmascarando las ideologías que justifican un estilo de vida que agradece la creación.

No olvidemos, pues, que las historias de injusticia y crueldad ocurridas en la Amazonia aun durante el siglo pasado deberían provocar un profundo rechazo, pero al mismo tiempo tendrían que volvernos más sensibles para reconocer formas también actuales de explotación humana, de atropello y de muerte que tienen como principal víctima a la creación.

Tengamos presente que “Cristo redimió al ser humano entero y quiere recomponer en cada uno su capacidad de relación con los otros” (QA22), y “si el llamado de Dios necesita de una escucha atenta del clamor de los pobres y de la tierra al mismo tiempo, para nosotros «el grito de la Amazonia al Creador, es semejante al grito del Pueblo de Dios en Egipto (cf. Ex 3,7). Es un grito de esclavitud y abandono, que clama por la libertad»” (QA52).

Y nosotros, ¿qué podemos hacer?

Llamado a transformar nuestra relación con el medio ambiente

Martin Buber, filósofo y escritor judío austríaco-israelí, representante de la filosofía del diálogo, tiene entre sus escritos

una obra titulada Yo-Tú. En ella, Buber indica que el ser humano solo no existe, existe en relación. El Yo es en relación.

Ahora bien, las relaciones pueden ser de tipo Yo-Tú o Yo-Ello. Las personas podemos dirigirnos hacia los otros como Tú o como Ello, donde la comunicación establecida no es igual. La diferencia radica en que para que el Yo-Tú pueda darse tiene que venir desde el ser provocando una acción donde el sujeto y el objeto se unifican en una relación dialógica; en cambio, una relación Yo-Ello no viene desde el ser ya que uno de ellos es solo un objeto.



Buber dice que el ser humano experimenta al mundo a través de las experiencias cotidianas, a través del diario contacto con las cosas y permite extraer de ellas un saber relativo a su constitución, pero éste es solo acumulación de información, es solo una experiencia de la periferia de los objetos, entendiendo experiencia como mera interacción con nuestros sentidos. Es una manera científica de experimentar las cosas pero sin participar en él. Así lo expresa el filósofo: “El hombre que tiene experiencia de las cosas no participa en absoluto en el mundo. Pues es ‘en él’ donde la experiencia surge, y no entre él y el mundo”¹. El mundo es un ente pasivo que recibe la acción de la experimentación por parte de nosotros, es decir, que nos permite conocerlo sin que esta experiencia provoque ningún efecto en nosotros por el simple hecho de conocerlo o experimentarlo.

Surgen así tres esferas en el mundo de la relación: la primera es la esfera de nuestra vida con la naturaleza, la segunda es la vida con los hombres, la tercera es la comunicación con las cosas inteligibles. Aquí nos interesa hablar de la primera esfera, con la

¹ Martin Buber, *Yo-Tú*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1984, p. 10.

naturaleza, de la que dice Buber es una relación “oscuramente recíproca”, donde intentamos establecer un contacto pero la experiencia queda debajo del nivel de la palabra pues es una esfera donde no se logra establecer una relación plena dado que el sujeto y el objeto se encuentran en distinto nivel, por lo que es una relación truncada por la falta de capacidad de entendimiento entre el ser humano y la naturaleza. Sin embargo, lo interesante de su planteamiento es que el filósofo judío considera esta esfera como relación, es decir, como Yo-Tú, y no solamente experiencia o Yo-Ello, dado que en la naturaleza encontraremos mayor capacidad de relación que la pura experiencia que tendríamos en un experimento científico.

En otras palabras, vivimos entre experiencias (Yo-Ello) y relaciones (Yo-Tú). En el Yo-Ello se establece una relación de sujeto a objeto. Cuando esto es así vemos al otro con interés, como un artículo comercial, como un espécimen digno de estudio o simplemente como algo de lo que puedo sacar provecho, un recurso a explotar. En este mundo Yo-Ello el ser humano entra en relación pero esa experiencia no provoca ningún efecto en él. En cambio, el Tú no se dice como objeto, sino también como sujeto. Por eso el mundo del Tú se comporta de una manera distinta ya que en él sí existe un efecto en la relación.

Así, pues, la propuesta es pasar a una relación To-Tú donde el medio ambiente nos interpele, nos preocupe, y nos lleve a cuidarlo. Para ello, es necesario tener la mirada del místico quien descubre la presencia de Dios en todas las criaturas, que reconoce a los bosques y espesuras como plantados por la mano del Amado; o la mirada de los indígenas quienes viven en continua relación con la creación. Dice Francisco: “Ciertamente hay que valorar esa mística indígena de la interconexión e interdependencia de todo lo creado, mística de gratuidad que ama la vida como don, mística de admiración sagrada ante la naturaleza que nos desborda con tanta

vida. No obstante, también se trata de lograr que esta relación con Dios presente en el cosmos se convierta, cada vez más, en la relación personal con un Tú que sostiene la propia realidad y quiere darle un sentido, un Tú que nos conoce y nos ama” (QA73).

Se trata, por tanto, de vivir una relación Yo-Tú, y así despertar “el sentido estético y contemplativo que Dios puso en nosotros y que a veces dejamos atrofiar. Recordemos que «cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso»” (QA56).

Una mirada y propuesta desde el Carmelo



Considero que, junto a nuestra condición de criaturas que habitamos esta casa llamada tierra, hay tres razones poderosas que deben mover nuestro ser y corazón de carmelitas con el fin de hacer algo por esta problemática:

1. Recordar que Carmelo es jardín, flores, y también belleza, montañas, fuentes, valles, etc. A esas criaturas recurre Juan de la Cruz para cantar la hermosura de Dios, esas en las que él reconoce el paso del Amado dejándolas vestidos de hermosura. Es, pues, un llamado a ver en las criaturas la hermosura del Amado.

2. Somos hijos de místicos, y el místico tiene la característica de ser especialmente sensible al medio ambiente como fruto de su relación de amor con el creador. Junto al *Cántico Espiritual* y otros pasajes de Juan de la Cruz, el disfrute de los paisajes de Isabel de la Trinidad muy bien retratados en sus *Excursiones al Jura*, las referencias a los jardines, pájaros y demás de Teresita, están la



cantidad de imágenes referentes a la naturaleza a las cuales recurre nuestra madre Teresa de Jesús. Ejemplo de ello encontramos la imagen del huerto y el agua por medio de la cual la santa presenta sus cuatro grados de oración. Hablando de este tema dice Teresa:

“Ahora tornemos a nuestra huerta o vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después fruto, y las flores y claveles lo mismo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor haya yo ahora comenzado a servir a Su Majestad; digo «principio» de lo que diré de aquí adelante de mi vida) me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores” (V 14,9).

3. La casta de la que venimos los carmelitas es casta de profetas, como nuestro padre Elías. Elías en su tiempo luchó contra el culto a dioses distintos a Yahvé. Hoy la lucha es por el cuidado y el reconocimiento del otro, por la justicia, la compasión, el cuidado del medio ambiente. El mundo necesita profetas: “...hace falta un grito profético y una ardua tarea por los más pobres. Porque, si bien la



Amazonia enfrenta un desastre ecológico, cabe destacar que «un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres» (QA8). Y los carmelitas estamos llamados a ser esos profetas.

Dicho esto, quiero proponer un aspecto que nos puede ayudar a lograr este objetivo de manera concreta: **“Cultivarnos”**.

El carmelita, como ser humano, es un ser en relación. El P. Hernando Uribe ocd en un artículo titulado *Cultura, modo de relación* pone la relación en términos de cultura, pues dice que ésta no es otra cosa que tomar en cuenta la relación como fundamento de todo. Donde hay un ser humano, hay cultura: el modo de relación conmigo mismo, con los demás, con el cosmos y con Dios.

Ahora, dice él, el amor es el modo de los modos. Amar es convertir la relación en comunión. La comunión se da cuando hay gestos de comprensión, acogida, paciencia, generosidad, confianza, gratitud, solidaridad. Soy solidario cuando trato al otro como si el otro fuera yo.

El amor es algo propio del ser humano, pues somos creaturas de amor, creadas a imagen y semejanza del amor. Por eso lo más propio del ser humano es amar. Pero ese amor no siempre se vive y se expresa, ya que mis sentimientos concretan mi forma de amar, y muchas veces siento rabia, miedo, odio, rencor, etc, esto es, lo contrario al amor, y por ende, esos sentimientos son contrarios a lo humano.

Lo más humano de los seres humanos es el amor, el fundamento de todos los sentimientos. Para vivir constantemente expresando sentimientos de amor debemos cultivarnos, pues no existe mejor terapia que el cultivo de los buenos sentimientos. Nos cultivamos cuando cuidamos lo que vemos, tocamos, escuchamos, olemos, probamos. Cuando me hago dueño de mis sentimientos. Cuando pienso en el bienestar del otro. Cuando cuido mi vida interior y vivo en una constante relación con mi Creador, con la persona concreta de Jesús.

Cuando me cultivo, amo, cuando amo vivo en comunión, y cuando vivo en comunión reconozco el valor que tengo y el valor de todas las cosas, de lo que me rodea. Cuando reconozco ese valor cuido lo que amo, en este caso, cuido los recursos naturales, cuido los animales, cuido el medio ambiente.

Cultivemos, pues, y fortalezcamos nuestra relación con el cosmos, pues como dice el Papa en su documento: “Para la experiencia cristiana, «todas las criaturas del universo material encuentran su verdadero sentido en el Verbo encarnado, porque el Hijo de Dios ha incorporado en su persona parte del universo material, donde ha introducido un germen de transformación definitiva». Él está gloriosa y misteriosamente presente en el río, en los árboles, en los peces, en el viento, como el Señor que reina en la creación sin perder sus heridas transfiguradas, y en la Eucaristía asume los elementos del mundo dando a cada uno el sentido del don pascual.” (QA74).

Como carmelitas debemos cultivarnos para vivir en comunión con la creación y de esa manera ser amigos fuertes del medio ambiente.

Acciones concretas:

Ante el grave daño que está experimentando el medio ambiente, debemos preguntarnos qué podemos hacer cada uno de nosotros para ayudar a mitigarlo. No podemos caer en la dinámica de “eso no es conmigo”, o la de “que lo hagan otros”. Es verdad que los gobernantes o las grandes industrias son quienes tienen el mayor impacto, pero también es importante reconocer que esto es algo que nos implica a todos, y todos podemos hacer eso “poquito que está en nosotros”.

El año pasado, un joven francés, quien se hace llamar “colibrí peregrino”, empezó una campaña por el mundo compartiendo propuestas concretas que podemos hacer para cuidar el planeta. Entre sus propuestas, las cuales considero muy apropiadas, se encuentran:

- Menos es más, “la sobriedad te hace feliz”: es una invitación a no dejarnos llevar por la dinámica del consumo a la que nos ha llevado el mundo, a no comprar cosas innecesarias, a reconocer que el bienestar o lo esencial no está en acumular bienes. Una forma de sobriedad es no generarnos necesidades inútiles, y pensar si necesitamos un artículo antes de comprarlo.
- Menos basura, reciclar más: reciclar es fundamental y todos debemos hacerlo, pero lo ideal es no producir tanta basura. Medidas como “adopta un vaso”, usar poco desechable y bolsas plásticas, las “botellas de amor” (botellas que se rellenan con el plástico de un producto que hemos usado para que luego se conviertan en ladrillos con los que construyen casas para personas necesitadas), llevar la propia bolsa al mercado, comprar una botella grande en lugar de cuatro u ocho pequeñas, imprimir hojas por lado y lado y reciclar las

que están por un solo lado, donar lo que no necesitamos, buscar reparar lo que se daña antes de reemplazarlo, no comprar cosas que no necesitamos, son acciones pequeñas pero importantes. Mientras más compremos más basura generaremos. Debemos buscar aplicar las “3R” (reducir, reutilizar, reciclar).

- Menos carro particular, más bus: es la invitación a utilizar más el servicio público. Sirve mucho si al salir de la casa hacemos una valoración y pensamos: “puedo ir caminando, si no en bus, o en taxi y, por último, el carro”.
- Ahorrar agua, luz.
- Orientar el trabajo al servicio del bien común: ayudar a otros a tomar conciencia. Mientras más personas nos sumemos a esta labor, más grande será el impacto de nuestras acciones.
- Orar: para que los demás y nosotros mismos no seamos indiferentes frente a esta problemática ambiental y tengamos la inteligencia y fortaleza para realizar acciones concretas. Sin duda alguna este es nuestro mayor aporte.

Apuntes finales:



El tema del cuidado del medioambiente es algo de lo que se está discutiendo en este tiempo por la magnitud del problema que vivimos y por la necesidad que tenemos todos de hacer algo. Por eso es nuestra responsabilidad estar informados.

Estamos acostumbrados a tratar y aconsejar sobre temas morales, pero podemos ayudar también a generar conciencia del daño ambiental que causamos, pues “Si el cuidado de las personas y el cuidado de los ecosistemas son inseparables, esto se vuelve particularmente significativo allí donde «la selva no es un recurso para explotar, es un ser, o varios seres con quienes relacionarse». La sabiduría de los pueblos originarios de la Amazonia «inspira el cuidado y el respeto por la creación, con conciencia clara de sus límites, prohibiendo su abuso. Abusar de la naturaleza es abusar de los ancestros, de los hermanos y hermanas, de la creación, y del Creador, hipotecando el futuro»... [Dicen los indígenas:] «Somos agua, aire, tierra y vida del medio ambiente creado por Dios. Por lo tanto, pedimos que cesen los maltratos y el exterminio de la Madre tierra. La tierra tiene sangre y se está desangrando, las multinacionales le han cortado las venas a nuestra Madre tierra»” (QA42).

Además de esto, los invito a que trabajemos para que nosotros y los que nos rodean vivamos una santidad amazónica como la describe Francisco: “podrán nacer testimonios de santidad con rostro amazónico, que no sean copias de modelos de otros lugares, santidad hecha de encuentro y de entrega, de contemplación y de servicio, de soledad receptiva y de vida común, de alegre sobriedad y de lucha por la justicia. A esta santidad la alcanza «cada uno por su camino», y eso vale también para los pueblos, donde la gracia se encarna y brilla con rasgos distintivos. Imaginemos una santidad con rasgos amazónicos, llamada a interpelar a la Iglesia universal.” (QA 77).



Por último, podríamos decir que la propuesta del Papa es **que como Iglesia crezcamos en una cultura del encuentro con el medio ambiente.**

“Aprendiendo de los

pueblos originarios podemos contemplar la Amazonia y no sólo analizarla, para reconocer ese misterio precioso que nos supera. Podemos amarla y no sólo utilizarla, para que el amor despierte un interés hondo y sincero. Es más, podemos sentirnos íntimamente unidos a ella y no sólo defenderla, y entonces la Amazonia se volverá nuestra como una madre. Porque «el mundo no se contempla desde fuera sino desde dentro, reconociendo los lazos con los que el Padre nos ha unido a todos los seres» (QA55).

Conclusión:

Como carmelitas somos hijos de místicos, llamados a ser místicos. El místico se sabe en relación, pues vive en constante relación con Dios, consigo mismo, con los demás y con la creación. Así, **el místico es especialmente sensible al medio ambiente como fruto de su relación de amor con el creador.** Esa consciencia, vivencia y relación nos hace sensibles a lo que acontece a nuestro alrededor, nos mueve a cuidarnos y a cuidar la creación, y nos ayuda a vivir verdaderamente como amigos fuertes del medio ambiente.

Deseo terminar esta reflexión con algo de osadía, inspirado en el discurso “I have a dream” (Tengo un sueño) del gran Martin Luther King Jr., pronunciado en 1963, el mismo que seguramente inspiró a Francisco para direccionar su Exhortación:

Sueño con que un día los seres humanos veamos el planeta como nuestra casa y no simplemente como un recurso a explotar, donde se siembren árboles en lugar de cortarlos, se cuiden los animales en lugar de matarlos, y no se malgasten los recursos naturales.

Sueño con el día en que nos levantemos y veamos despejado el cielo de nuestras ciudades, libre de contaminación, las calles limpias, los mares y las playas sin basura.

Sueño con una humanidad que no se deje llevar por la dinámica del consumo y la cultura del descarte, que aprenda a vivir con lo esencial, sin apariencias.

Sueño con unos carmelitas que seamos amigos fuertes del medio ambiente, que hagamos lo poquito que está en nosotros por su cuidado, unidos a esta causa y preocupados en que los que nos rodean y escuchan trabajen en este mismo fin.

Fr. Jorge Iván Duque Jurado ocd